

pueblos greco-romanos que tanto habían amado la libertad, volver bajo la presión de una anarquía secular á aquel ideal del despotismo paternal, que puede ser útil á los Estados en formación, pero que es mortal para las sociedades vivas.

Y como la lógica de los hechos es inexorable, las costumbres de las cortes asiáticas entraron en el Palatino al mismo tiempo que su espíritu. No sólo en la servidumbre se van á precipitar los romanos, sino también en la depravación. Después de las hipocresías republicanas y morales la tiranía sanguinaria y la sensualidad inverecunda: después de Augusto, Calígula; después de Livia, Mesalina.

Sin embargo, no pongamos la fatalidad en la historia. Esta refiere, pero también juzga, y en los considerandos de su sentencia tiene en cuenta, en las épocas de transformación, los elementos de reconstitución, cuyo empleo, por difícil que sea, no debe desdenarse. El día siguiente de la batalla de Accio, el vencedor era dueño de los acontecimientos, y lo que él no supo hacer un genio más vasto y un corazón menos tímido habrían podido ejecutarlo. César en el puesto de Augusto, acaso hubiera realizado esta obra; y el resultado valía la pena de un grande esfuerzo, porque si el imperio romano se hubiera organizado fuertemente, hubiera sido capaz de detener á los bárbaros y de civilizarlos, como lo hizo con los españoles y con los galos, como Augusto lo intentó hacer con las tribus germánicas de las orillas del Rin y del Danubio.

Si del príncipe pasamos al hombre, hay que decir que no se podría amar á este personaje que no tuvo nunca un arranque de genio, ni un arrebató de corazón, que escribía de antemano lo que quería decir á sus amigos y aun á su mujer é hizo alternativamente mal ó bien, según la sugestión

Ins. orat. V, 10. Nuestros padres solían decir también: «Un Dios, un rey, una ley.»



Augusto coronado de laurel. (Camafeo del Gabinete de Francia).

de su propio interés; cruel á sangre fría, clemente por cálculo; asesino de Cicerón y salvador de Cinna; tartufo de piedad sin cosa de religión; hipócrita de virtud con vicios; modelo, en fin, de políticos, si la política era el arte de conducir á los hombres dominándolos por el terror, ó engañándolos con halagos. César, Alejandro, he aquí dos genios amables; Napoleón, ved un genio terrible; Augusto, que no impone simpatías ni admiración, no es de la familia y debe ocupar puesto lejos de ellos.

Y sin embargo, será una gran figura, ó como gran figura quedará en los fastos de la historia.

¿Por qué? Hizo vivir á ochenta millones de hombres en paz, después de tantas y tan desastrosas guerras, por espacio de cuarenta y cuatro años. «El género humano, dice Plinio, le ha conferido la corona cívica.»

A pesar de estas últimas palabras, algunos nos tendrán por demasiado severos. A lo menos se nos concederá que no nos hemos servido contra Augusto de maledicencias autorizadas por anécdotas sospechosas. Nuestra disculpa, si hay necesidad de ella, está en el sentimiento que tenemos de los inmensos servicios que el imperio podía prestar á la humanidad. Las dos cosas más grandes del mundo, Grecia y Roma, perecieron, la una por el abuso de la independencia local, la otra por el poder absoluto de un hombre; soluciones extremas y detestables del problema político. Así, hemos procurado investigar si existían elementos de una solución diferente, que hubiera podido salvar el imperio, y con él la civilización antigua purificada por la filosofía y el cristianismo; porque el imperio, mejor constituido, hubiera sido la invasión atajada, la Edad media suprimida, y para el espíritu humano diez siglos de luz, acaso de libertad y por consiguiente de progreso, en vez de diez siglos de tinieblas y de servidumbre, durante los cuales, se detuvo y aun retrocedió la civilización.

NOVENO PERIODO

LOS CÉSARES Y LOS FLAVIOS (14-96) CONSPIRACIONES Y GUERRAS CIVILES

DIEZ EMPERADORES Y SIETE DE ELLOS ASESINADOS

CAPITULO LXXII

EL REINADO DE TIBERIO HASTA LA MUERTE DE DRUSO (14-23)

I.—BUENOS COMIENZOS DE TIBERIO.—GERMÁNICO (14-19).

Hemos visto en el capítulo precedente qué materiales necesarios se olvidaron en la fundación del imperio y qué materiales defectuosos entraron en la construcción, de modo que el edificio fué desde el principio mal asentado y por consiguiente frágil (1). Después de un reinado de cuarenta y cuatro años, era demasiado tarde para rehacerlo todo y por eso ni á Tiberio ni á sus sucesores pediremos cuenta de no haberlo intentado. Todos ellos, al contrario, hubieron de proponerse no cambiar nada en las instituciones del divino Augusto; pero añadieron cada cual, según su índole, Tiberio una fría crueldad, Calígula y Nerón una locura feroz. Volvamos pues á la simple narración de los hechos y nos limitaremos á desarrollar el cuadro de las vicisitudes de este gobierno que refleja la fisonomía del príncipe, porque el príncipe lo es todo en él, donde nada se opone á su voluntad mala ó buena.

Desde las bellas costas de Bayas, de Nápoles y Sorrento se ve en el horizonte surgir de la mar una masa sombría é inabordable, salvo por un punto; es la isla de Capri, cuyas rocas dominan á plomo las olas casi por todas partes. Sobre ellas se cierne el recuerdo del terrible anciano, que se cree ver todavía gastando en crueles placeres los restos de una vida demasiado larga. Tiberio está siempre en Capri: Tácito ha ligado su imagen á la roca; pero la isla y el tirano se han desmentido mutuamente. Capri, mansión amada de Augusto, no era tan horrible (2), ni Tiberio fué

(1) Publicamos este capítulo y el siguiente en 1853 bajo la forma de una tesis latina y no tenemos ahora nada que rectificar. La opinión que sosteníamos entonces tiende á prevalecer en Inglaterra, en Alemania y en Holanda. Cf. Merivale (*History of the Romans under the empire*, 1865); Stahr (*Tiberius*, 1863); Sievers (*Tiberius und Tacitus*, 1870); Karsten (*de Taciti fide*, etc.); Beesly (*Tiberius*, 1878); Arnold (*The Roman system of provincial admin.* 1879); Freytag (*Tiberius und Tacitus*, 1870) y Hoeck (*Römische Geschichte*), van mucho más lejos. Véase de este el tom. III, p. 190.

(2) Capri, que pertenecía á los napolitanos, les fué comprada el año 29 antes de J. C. por Augusto (Dion, LII, 43), lo que indica la intención del príncipe de tener allí una villa. Detrás de su muralla de rocas, ofrece Capri sitios muy pintorescos y es famosa por la salubridad de su clima. El narciso florece allí en diciembre y todo el año está el aire embalsamado por los perfumes de las plantas acuáticas. No hay que olvidar, leyendo á Tácito, lo que él mismo dice de la educación oratoria dada á los jóvenes romanos (*de Orat.* 35). El carácter de la literatura de aquel tiempo es un tono declamatorio y forzado que exagera todas las cosas, *ingentia verba*. Petronio también se burla de aquellos atletas de las escuelas que cuando se estrenan en el foro, no sino parece que caen de otro mundo: tan extraños son á la vida real. En sus declamaciones no se trataba sino de piratas emboscados en las

siempre tan infame. En aquel *Plessis les Tours* del Luis XI imperial, se ocultaban menos terror y menos vicios que desprecio de los hombres. ¡Los había encontrado tan viles!

Distinguir en el reinado de Tiberio el bien y el mal es casi una mala acción; mostrar que los contemporáneos de este emperador no valían más que él, y que no podían salir sino fatales consecuencias de la situación creada á los unos por sus vicios y recuerdos, y al otro por su carácter y por los peligros de que estaba amenazado, sería exponerse al reproche de intentar la rehabilitación de un tirano. No quiero pues revisar el proceso de Tiberio: la condenación es legítima, pero no todos los considerandos lo son. Procuraré establecer lo que la historia debe conservar.

Tácito ve, sobre todo, en Tiberio, el enemigo del senado; es preciso ver al príncipe y dejar de poner todo el imperio en Roma subordinando los intereses de ochenta millones de hombres á los de una clase que protestaba por medio de conjuraciones contra su abdicación. El emperador y el senado, el verdugo y los conspiradores, las intrigas del palacio y los asesinatos jurídicos forman sin duda una escena más dramática y más sencilla. A riesgo de algún desorden, en este teatro demasiado estrecho hagamos subir al pueblo de las provincias.

Tiberio era de aquella familia de los Claudios que había tenido veintiocho consulados, cinco dictaduras, siete censuras y otros tantos triunfos. El matrimonio de su madre con Octavio y su adopción por Augusto, le habían hecho entrar en la casa de los Césares. Había amado entrañablemente á su hermano (3). Por encontrarlo vivo aún, había hecho setenta leguas en un día, y cuando condujo su cuerpo de las orillas del Rin á Roma, precedió á pie al fúnebre cortejo todo este largo camino. Veinte años después, todavía se acordaba de él, y asoció al suyo el nombre de Druso

costas, de tiranos que hacían que los hijos degollaran á sus padres, de oráculos reclamando víctimas humanas, etc., etc. (*Satyricon*, 2). Estrabón se quejaba ya en tiempo de Augusto de la hinchazón oriental que corrompía la literatura latina.

(3) Suetonio (*Tiberius*, 50) dice que le hizo traición un día presentando á Augusto una de sus cartas que lo comprometía, *qua secum de cogendo ad restituendam libertatem Augusto agebat*. ¡Necesito decir que no creo más en el republicanismo de Druso que en el de Agripa y el de Germánico? El mismo autor lo acusa de no haber amado á su hijo: la naturaleza y dos autores, Josefo (*Ant. Jud.* XVII, 61) y Dion (LVII, 22) dicen lo contrario. El mismo Tácito habla del dolor del príncipe á la muerte de su hermano y de su hijo (*Ann.* IV, 8 y 15). La conspiración contra Tiberio subsistía, aun muerto, contra su memoria (*Ann.* IV, 11 y 33).

so en un templo erigido con el botín de sus victorias (1). No se separó de su primera mujer para casarse con Julia sino por orden expresa de Augusto, pero su corazón fué de ella siempre. Un día que se la encontró por casualidad, dice su biógrafo, los ojos se le arrasaron de lágrimas, y estuvieron fijos en ella hasta que desapareció. Fué preciso tener buen cuidado de que Vipsania no apareciera más á su vista.

A los nueve años pronunció el elogio fúnebre de su padre. Augusto había hecho lo mismo con el suyo á los doce. Los jóvenes romanos se educaban para la elocuencia, tanto como para la guerra: la palabra era el arma de la paz, y pronto veremos que libraba de sangrientos combates. Joven aún, abogó delante de Augusto por el rey Arquelao, la ciudad de Trales y los tesalios, y en el senado intercedió en favor de Tiatira, de Laodicea y de Quios, arruinadas por un terremoto. Con esto, sus primeros discursos públicos tuvieron un buen empleo, consagrados á la defensa de los provinciales, y Augusto le dió la honrosa misión de recibir de manos de los partos los estandartes de Craso. Y todas las funciones de que su padre adoptivo lo encargó cumplió él con actividad é inteligencia: en el momento de la guerra contra Marbod, salvó el imperio de una crisis peligrosa. Desde la muerte de Agripa, ningún general podía invocar tan honrosos servicios. Había guerreado en España y en los Alpes, gobernado la Galia, puesto un rey en Armenia y domado á los panonios. También había vencido á los germanos, transportado cuarenta mil bárbaros á Bélgica y tranquilizado el imperio después de la derrota de Varo. «Nueve veces, escribía él mismo, me ha enviado Augusto más allá del Rin.» Excepto el tiempo de su permanencia en Rodas, había intervenido por espacio de treinta años en los más graves negocios y llegaba al imperio, recomendado por sus talentos y experiencia.

Augusto, que había estado mucho tiempo prevenido contra él, acabó por considerarlo como el mejor apoyo de su poder. «Adiós, carísimo Tiberio, le escribía una vez. Te deseo toda clase de felicidades. Adiós, el más bravo de los guerreros, y el más prudente de los generales.» En otra ocasión le dice: «Me preguntas si apruebo la disposición de tus campamentos. Estoy persuadido, mi querido Tiberio, de que en medio de circunstancias tan difíciles y con tan malas tropas, nadie hubiera mostrado más prudencia. Todos los que observan tus operaciones y trabajos te aplican estos versos:

*La actividad de uno solo tanto hizo
que aseguró el Estado.*

No me ocurre un negocio grave, un embarazo, un pesar que no me hagan sentir tu ausencia. Por todos los dioses te juro que no puedo oír, sin estremecerme, cuando se dice que el exceso de trabajo compromete tu salud. Cúdate bien; te lo ruego. Si te pusieras malo, no podríamos vivir ya tu madre ni yo, y el pueblo romano estaría en peligro también. ¿Qué importa mi salud si tú pierdes la tuya? Ruego á los dioses te la conserven, si aman al pueblo romano.»

He aquí el hombre que, á la muerte de Augusto, empuñaba las riendas del poder á la edad de cincuenta y seis años, después del enfriamiento de las pasiones, en la plena madurez del espíritu y de la experiencia. Añádase, sin em-

(1) Suetonio, *Tiber.* 20. Tácito le da un amigo que conservó treinta años, el senador Lucilio, cuya muerte hubo de afligirlo mucho: *omnium illi tristium caterorumque socius* (*Ann.* IV, 15). Tuvo también otros amigos, como el ilustre jurisconsulto Nerva y el prefecto de Egipto Flaco (*Philo, adv. Flac. initio*).

bargo, que sus costumbres no valían probablemente más que las de todos los grandes de Roma (2); que su humor era tético, *tristissimus hominum*, dice Plinio; su carácter duro, vengativo, su repugnancia á derramar la sangre tan débil como en todos aquellos frequentadores del anfiteatro; que Augusto, en fin, había tenido que moderar muchas veces su celo en castigar toda palabra, todo acto contrario al nuevo régimen.

Estas disposiciones y los peligros de su papel explican de antemano su reinado, que es contrario al de su padre adoptivo. No se mostrará más hombre de Estado y gran político que Augusto; pero será buen administrador, y durante los nueve primeros años, príncipe bonachón, porque en este tiempo podrá vivir tranquilamente como él, sin tener que valerse más que de la habilidad; pero en los últimos años de su vida vendrá á ser cruel como el triunviro, porque entonces encontrará los amagos y peligros que Octavio había encontrado al principio.

El momento de crisis para un gobierno es la muerte de su fundador. Sólo entonces se deciden su naturaleza y su duración. Tiberio no pensó más que Augusto en el día de mañana; continuó su hipócrita moderación é hizo de ella la ley del gobierno imperial. De aquí aquellas continuas alternativas de fingido abandono por parte del príncipe y de violencias sanguinarias; aquellas esperanzas continuamente reanimadas para ser de continuo destruidas, y aquel fantasma de la república tan á menudo invocado que llevó á la muerte tantos y tan generosos como crédulos personajes.

Fuera de esto, el testamento de Augusto obligaba á Tiberio á estas reservas. Al principio aparentó remitirle todo al senado y á los cónsules, como si hubiera dudado de sus derechos. Del palacio del príncipe moribundo, hubo de enviarse orden al centurión que guardaba en su prisión á Agripa Póstumo para que le diera muerte. Cuando el soldado volvió á decir que había cumplido la orden, le contestó Tiberio: «Yo no he dado semejante orden; da cuenta de eso al senado.» No se habló más del asunto, como quiera que la víctima no interesaba á nadie (3).

Convocó la asamblea de los Padres, modestamente y con pocas palabras «á fin de deliberar sobre los honores debidos á Augusto.» Esta reserva no era más que para los senadores: *Imperator*, había escrito á las legiones reivindicando el mando supremo, y tribuno perpetuo, había recibido en Roma el juramento de los magistrados y del pueblo, dado la consigna á los pretorianos, llamado en torno de sí

(2) No me atrevo á decir que fueran mejores. Sin embargo, antes de las famosas liviandades de Capri, no veo que los soldados le reprochen más que su afición al vino. Y todavía su nombre, más bien que él mismo, podía ser causa de este reproche: *Biberius Nero*, por *Tiberius Nero*, porque Suetonio atestigua (*Tib.* 18) que en el campamento vivía como un soldado comiendo en el suelo y durmiendo al raso.

(3) Tácito acusa á Tiberio de este asesinato. Según Suetonio, «no se sabe si Augusto moribundo había dejado la orden sangrienta, *quo materiam tumultus post se subduceret*, ó si Livia, con asentimiento de Tiberio ó sin saberlo él, hizo matar al hijo de Julia pretextando orden de Augusto.» Estas palabras explican la contestación de Tiberio: *se nihil imperasse*. Tácito, Dion y Suetonio están de acuerdo en representar á Agripa Póstumo como un hombre ignorante y grosero, estúpido y feroz. Dion añade (*LV*, 32) que se le confiscaron los bienes, lo que prueba que en el pensamiento de Augusto esta relegación debía ser eterna, porque la relegación ordinaria no arrastraba la confiscación de bienes ni aun la pérdida de los derechos civiles. La deportación ó el destierro hacía perder todos estos derechos, y en tiempo del imperio se tenía al deportado como muerto civilmente (*Dig.* XXXVII, 1, fr. 13, y fr. 7, § 5; *ibid.* 4, fr. 1, § 8, etc., y Paulo, lib. III *Sent.* tit. 4). Sea como quiera, la muerte de Agripa fué uno de esos crímenes de Estado ante los cuales no retrocede el despotismo. Fué sin duda aconsejada por la tentativa de algunos esclavos que quisieron arrebatar á su amo para llevarlo á los ejércitos de Germania.

una escolta de soldados para que lo acompañaran al Foro y aun á la Curia, sin vacilar en nada ni en ninguna parte sino en el senado.

Esta primera sesión fué la repetición de muchas otras del tiempo de Augusto: lisonjas y bajezas por un lado, falso desinterés por otro; siempre la misma escena tantas ve-

ces representada, con la diferencia, sin embargo, de que el príncipe esta vez notaba las opiniones libres y los votos imprudentes y señalaba silenciosamente á los que debía tener por sospechosos y hacer más adelante sus víctimas.

Por una de esas revoluciones tan frecuentes en las opiniones humanas, se tenía más espíritu republicano á la muer-



Estatua de Tiberio, encontrada en Piperno (Museo del Vaticano)

te de Augusto que el día siguiente de la victoria de Accio, y se tendrá en mayor grado en la corte de Nerón que en la de Tiberio. A proporción que se alejaba la república para no ser ya más que un recuerdo, se cubría de ese prestigio con que nuestro espíritu envuelve todas las cosas que han vivido mucho; disposición feliz que asegurando nuestro respeto al pasado, impide que el presente se precipite demasiado pronto hacia el porvenir; pero ilusión peligrosa cuando esta veneración viene á ser un culto, y con este

culto se pretende devolver la vida á lo que la muerte ha herido irrevocablemente.

Había pues republicanos todavía, pero como no se había dispuesto nada para la sucesión al principado, había también candidatos al imperio. Con Octavio, el hijo de César, el vencedor de Bruto y de Antonio, el pacificador del mundo, todos se habían resignado á la obediencia. Era un tiempo de reposo, una dictadura útil para reconstituir el Estado y sólo más larga que la de César. Pero si el

gobierno de uno solo era necesario, ¿por qué el hijo de Livia más bien que el de Polión, el de Pisón ó el de Lépido?

Y los nobles que se creían dignos del poder eran bastante numerosos y conocidos para que Augusto en sus últimos momentos se los nombrara á Tiberio y discutiera sus probabilidades de éxito. Uno de ellos, Asinio Galo, se atrevió á proponer que se hiciera saber su pretensión al emperador. «Que acepte ó que renuncie,» exclamó otro de ellos.

Y tenía razón para vacilar, añade Suetonio, porque estaba rodeado de peligros por todas partes. Bien lo sabía él mismo, cuando decía á sus amigos en su lenguaje á menudo vulgar, pero enérgico: «Vosotros ignoráis qué monstruo es el imperio;» ó bien: «tengo un lobo por las orejas.» Se echan en olvido las inmensas riquezas de que disponían algunos de estos nobles y la altivez de unos personajes, que en otro tiempo dueños del mundo y sin freno, no po-



Druso, hijo de Tiberio (1)

dían hacerse á su nueva condición de súbditos de un hombre y de la ley. Tácito, amigo de ellos, nos presenta á un joven patricio de nombre Sila, que contra todos los usos se niega en el teatro á ceder su sitio á un antiguo pretor, y á éste, que era un advenedizo, obligado á contentarse con una satisfacción irrisoria, después de largas contestaciones en el senado:

Tales eran los adversarios de que Tiberio estaba rodeado: habíalos visto trabajar en sus conspiraciones en tiempo de Augusto, y los conocía muy bien, como quiera que había ejercido contra ellos el oficio de acusador público. Pero además, tenía sus enemigos personales, los antiguos amigos de los jóvenes Césares ó de Agripa, los que habían amenazado ó despreciado al desterrado de Rodas, los que habían escarnecido al esposo de Julia, el que se había atrevido á pretender á su primera mujer Vipsania y afectaba autoridad paterna sobre el hijo del príncipe. Cuenta difícil de arreglar con semejante hombre.

Por lo demás, no se precipitará á buen seguro, ni se acordará de las antiguas injurias, sino después de haber sido provocado de nuevo y con insistencia.

Tiberio empezó por dispensar favores al senado. Continuando el movimiento de concentración iniciado por Augusto, trasladó las elecciones del Campo de Marte á la Cu-

(1) Camafeo (sardónica de 3 capas de 20 milim. por 15). Gabinete de Francia, núm. 217.

ria (2). Como su predecesor, había comprendido muy bien que la multitud de la plaza pública, fácil de engañar, tiene sin embargo arranques repentinos, formidables, imprevistos, poderosos, pero que nada de esto había que temer en la curia, donde se votaba en alta voz y á la vista del príncipe. El senado heredó pues los comicios; y como Tiberio le daba la apariencia del poder electoral, dióle él la apariencia del poder legislativo. Durante su principado, no votaron los comicios más que dos leyes (3): toda la legislación se hará en la curia por senadoconsultos, ó en el palacio por edictos (4) y en la segunda mitad de su reinado ni se tomará el trabajo de elaborar los unos ni los otros en el seno del consejo privado establecido por Augusto. Dejará también que el senado, dócil instrumento de la voluntad imperial, invada las demás jurisdicciones multiplicando los casos cuyo conocimiento se reservará. Así pues en el reinado del segundo emperador, esta asamblea, cuerpo legislativo, electoral y judicial á la vez, tendrá en el Estado sitio más amplio que en tiempo del primero, ocupando por sí sola toda la escena. Pero el príncipe, no lo olvidemos, el príncipe dicta y regula el papel que desempeña. Hay pues aquí lo peor de todo, la absoluta dependencia bajo la apariencia de la fuerza y de la libertad. Esta fuerza, que no existe, espantará al mismo que la da, á la vez que engañará á los que la reciben.

En cuanto al pueblo así despojado, harto sabemos lo que era hacia un siglo para no admirarnos de no oír salir de sus turbas ni una palabra de despecho, ni un rumor de murmuración. La aristocracia estará menos resignada.

El despotismo militar cuya ley es pedirlo todo á los soldados, á condición también de concedérselo todo, estaba en el fondo del gobierno establecido por Augusto, y apareció el día siguiente de su muerte. Una de las dos alternativas que en este régimen se sucedían sin cesar, la omnipotencia del príncipe y las exigencias de los ejércitos, se presentó en cuanto se supo el advenimiento de un nuevo poder, sin duda débil y tímido aún. Los soldados habían comprendido que sobre ellos reposaba la seguridad del emperador tanto como la del imperio; y puesto que ya no había guerras civiles para enriquecerlos, las sucesiones al trono debían suplirlas para este efecto. Tres legiones de Pa-

(2) Tácito, *Ann.* I, 15 y 81. «Era, dice Vel. Patérculo (II, 124), la ejecución de un plan trazado por Augusto.» Proponía él mismo las más veces los candidatos al consulado y á la pretura, y en cuanto á los demás cargos, designaba cierto número de candidatos, que enviaba al senado, los unos para que éste eligiera entre ellos, los otros para que se sortearan bajo su vigilancia. Hecho esto, los que debían ejercer cargos curules iban á presentarse á las centurias, y los magistrados inferiores á las tribus, donde recibían la confirmación de sus títulos (Dion, LVIII, 20). Los comicios electorales hacían pues bajo el imperio el mismo oficio que los comicios curiales habían hecho en tiempo de la república desde las leyes de Publilio Filo. De aquí las palabras de Galba en Quintiliano (VI, 3): *petis tanquam Caesaris candidatus*. Un cambio análogo se realizó, en una época incierta, en los municipios y en las colonias y aun probablemente dejando subsistir excepciones: el orden de los decuriones nombraba para las magistraturas en virtud de una ley *Petronia* á menudo mencionada, pero cuyo texto nos falta. Zumpt (*Com. epigr.* p. 60) refiere esta ley al año 19 de J. C. Así se gobernó Roma *μοναρχικῶς*, y los municipios *ἀριστοκρατικῶς*. Esta aristocracia (el orden de los decuriones) vendrá á ser también hereditaria. En dos inscripciones recién halladas en *Prusias ad Hypium*, cierto Calicles se llama *agonotetes* (presidente) de padres á hijos de los grandes juegos augustenses que se celebraban por lustrus junto al templo de Roma y Augusto, y uno de los Diez-Primeros se llama senador y censor vitalicio (G. Perrot, *Explor. archéol. de la Galatie*).

(3) *Lex Junia Norbana*, el año 19 (Cf. Gayo, I, 22; y Ulpiano, fr. 1, 10 y 16) y *lex Visellia*, el año 23 (Ulp. III, 5).

(4) Escribía con frecuencia al senado y á sus cartas, *epistola vel libelli*, daban lectura unos cuestores, *qui candidati principis dicuntur* (Dig. I, 13, § 4).

nonia se sublevaron pidiendo un denario en lugar de los diez ases diarios, la licencia á los diez y seis años de servicio en vez de á los veinte, y una cantidad fija, pagadera en el campamento, al llegar á la veteranía.

Tiberio les envió á su hijo Druso con Seyano, uno de los prefectos del pretorio, y los soldados disponibles en Italia. Un eclipse de luna (26 set.) que espantó á los sublevados, vino á desarmar la sedición.

En el Rin fué más prolongada y peligrosa. Allí había ocho legiones repartidas en dos campamentos al mando superior de Germánico, gobernador de la Galia. Las exigencias fueron las mismas. Pero en el campamento inferior los legionarios hubieron de dar muerte á sus centuriones, que quisieron reprimirlos; y cuando Germánico, ocupado á la sazón en recaudar el tributo de las Galias, se presentó á los soldados, éstos le reclamaron el legado de Augusto y le ofrecieron el imperio.

A estas peligrosas palabras, se apresuró á contestar Germánico diciendo que antes moriría. Y asiendo su espada se la puso de punta en el pecho.

Hiérete pues, gritaron los soldados. Y arrancándole sus amigos la espada, un legionario tuvo valor para ofrecerle la suya diciéndole con mucho sosiego:

«Tómala con toda confianza: está muy bien afilada.»

No había ya que hablar de honor ni de deber á aquellos rebeldes, que entre sí contaban ya lo que produciría el pillaje de las ciudades gálicas. Germánico cedió ante la amenaza de una guerra civil, que no hubieran dejado de aprovechar los bárbaros, y supuso una carta de Tiberio que lo concedía todo y doblaba el legado de Augusto.

Pero era preciso satisfacer sin retardo á aquella soldadesca mercenaria, expedir las licencias y dar las gratificaciones; y todo el importe del tributo y todo el dinero del general y de sus amigos apenas bastaría para ello.

En el campamento superior los ánimos estaban menos excitados. Germánico fué á él, recibió el juramento, distribuyó las licencias y los donativos. Pero los diputados del senado llegaban al altar de los ubios, donde el teniente Cecina había conducido dos de las legiones rebeldes. Los soldados creen que estos enviados traen un decreto contrario á las promesas del general; condenan, sobre todo, la enemistad del jefe de la diputación, el consular Munacio Planco; y lo insultan, y lo persiguen hasta en medio de las águilas que él tiene abrazadas, en el altar del campamento, y le hubieran dado muerte sin el valor de un porta-estandarte y la oportuna llegada de Germánico.

Esta nueva sedición lo decide á las medidas extremas; pero antes hace partir para la ciudad de los treviro á Agripina y á toda su familia, con su hijo Cayo, que nacido en el campamento y criado bajo las tiendas de campaña, había recibido de los soldados el sobrenombre popular de Calígula (1).

Pero el espectáculo de aquellas nobles mujeres huyendo de un campamento romano para ir á demandar auxilio á los bárbaros impresiona y hasta conmueve á los sediciosos y las detienen; después corren á presentarse á Germánico y le ruegan que no les inflija semejante mengua; oyen sus reconvencciones, caen á sus pies y, vencidos como la multitud lo es con frecuencia por una mujer, le conjuran que castigue á los culpables, y ellos mismos los prenden.

Formóse un tribunal para juzgarlos y las legiones lo rodearon con la espada desnuda. Los acusados fueron subiendo sucesivamente: si los soldados declaraban culpable

(1) *Quia plerumque ad concilianda vulgi studia, eo tegmine pedum indubatur* (Tácito, *Ann.* I, 42).

á uno, lo precipitaban abajo y allí mismo era decapitado.

Otras dos legiones acampadas en *Vetera Castra* siguieron este ejemplo. Era menester gloria para expiar aquellos furros: Germánico aprovechó el ardimiento de las tropas para conducir las al enemigo. En el país de los marsos, se recorrió á fuego y sangre un espacio de más de cincuenta millas. De regreso una victoria ganada contra los germanos guarecidos en sus bosques ennobleció esta fácil expedición.

Varo esperaba aún vengadores. En la primavera siguiente, Germánico pasó otra vez el Rin, esperando aprovecharse de las contiendas de Hermann y de Segesto, del partido nacional y del romano, que se había recrudecido. Segesto



Abanderado (2)

había tenido un instante prisionero á su rival; pero él mismo estaba ahora cercado é imploraba el socorro de las legiones. Los queroscos, amenazados por Cecina, le dejaron devastar todo el país de los catos y libertar á Segesto. Entre los cautivos se encontraba la mujer de Hermann. Digna de su esposo, iba sin derramar una lágrima, sin rebajarse á la súplica, con las manos juntas y los ojos fijos en el seno en que llevaba un hijo del libertador de la Germania.

Desde la retirada de Segesto el partido nacional no tenía contrapeso y los últimos estragos de los romanos y las violentas quejas de Hermann, habían exasperado á las tribus, que formaron una nueva liga. Para combatirla, tomó Germánico la vía abierta por su padre: una flota condujo cuatro legiones á las bocas del Ems; los caucos ofrecieron auxiliares y penetraron hasta el bosque Teutberg. Pronto se

(2) Estatua de bronce cobijada con una piel de león, como los *vexillarios* de la columna Trajana (Clarac, *Museo de escultura*, p. 850, número 2156).